

# LA BÚSQUEDA IMPOSIBLE DE UN PUEBLO

**Antonio Tucci**

*Università degli Studi di Salerno*

## THE IMPOSSIBLE PURSUIT OF A PEOPLE

Un argumento absolutamente central en el libro de Villacañas (2015) sobre el que vamos a discutir es la reflexión que el autor dedica a la “búsqueda” de una homogeneidad (social y política) en el populismo actual. Es un tema que se aleja del populismo de las teorías identitarias, estatualistas y nacionalistas, pero que define una serie de diferencias en las mismas dimensiones plurales que adquiere el populismo.

Hoy día, el partido sobre el tema del populismo se juega precisamente en la declinación de una caracterización en términos de homogeneidad y unidad, lo cual compromete –desde diferentes puntos de vista– las categorías de Estado, nación y pueblo.

Parece que Villacañas profundiza en la cuestión partiendo de una posición que podríamos definir como una forma de *anti-esencialismo esencialista*, puesto que se afirma que el populismo debe considerarse un fenómeno, múltiple, complejo, cambiante, tendencial, gradual, que tiene en cuenta la multiplicidad social y su producción continua de diferencias. En términos filosóficos, el populismo es postmetafísico. La masa desde la que comienza el populismo no se divide por Villacañas, en clases. Todas las diferencias dentro de la masa deben tenerse en cuenta y administrarse democráticamente. Pero para que haya política, algo común debe surgir de esta administración.

Así las cosas, el populismo –que “no es esencialista” busca una posible definición de pueblo o de cualquier otra forma de homogeneidad –que, en las teorías tradicionalistas identitarias, nacionalistas y soberanistas representaba la premisa del proyecto político– en la síntesis de un proceso que, a partir de la heterogeneidad social, produce homogeneidad. El tipo de homogeneidad que se realiza distingue las diferentes variantes del populismo que, no obstante, se juntan por medio de un dispositivo lingüístico-comunicativo. El populismo se define como énfasis: su novedad se manifiesta en la capacidad de utilizar con éxito herramientas modernas como los nuevos medios y los formatos de comunicación. El populismo es sobre todo una construcción lingüística y asume esta racionalidad adecuada. De hecho, tiene una política de comunicación ultramoderna que confía afectos, sentimientos, teatralidad y espectacularidad, lo que podemos llamar producción de homogeneidad, de comunidad.

Es una producción de comunidad que no necesariamente –tal y como destaca de los miles de facetas que adquiere el populismo actual– se traduce en apropiación de valores y símbolos que remiten a una unidad ética sustancial. De hecho, si por un lado parece poderse decir que a menudo se buscan modalidades y formas que remiten a la apropiación por parte de movimientos y fuerzas sociales de los *trámites* de la democracia, por otro lado no se puede negar que, en muchas de sus variantes o por lo menos en aquellas más *exitosas*, se ha apoderado de los criterios de la homogeneización que habían sido prerrogativa del nacionalismo (cfr. Portinaro, 2013), del cual sin embargo se destacan los elementos que gravan en sentimientos irracionales e instintivos de la seguridad y del miedo al otro. Por esto mismo, las palabras –de alguna manera provocadoras y cortantes– de Rancière (2011) pueden explicarlo:

(...) une image concrète une séquence discursive (musulman = islamiste = nazi) traîne un peu partout dans la prose dite républicaine. L'extrême droite «populiste» n'exprime pas une passion xénophobe spécifique émanant des profondeurs du corps populaire; elle est un satellite qui monnaie à son profit les stratégies d'Etat et les campagnes intellectuelles distinguées. L'Etat entretient le sentiment permanent d'une insécurité qui mêle les risques de la crise et du chômage à ceux du verglas ou du formamide pour faire culminer le tout dans la menace suprême de l'islamiste terroriste. L'extrême droite met les couleurs de la chair et du sang sur le portrait standard dessiné par les mesures ministérielles et la prose des idéologues. Ainsi ni les «populistes» ni le peuple mis en scène par les dénonciations rituelles du popu-

lisme ne répondent-ils vraiment à leur définition. Mais peu importe à ceux qui en agitent le fantôme. L'essentiel, pour eux, est d'amalgamer l'idée même du peuple démocratique à l'image de la foule dangereuse. (p. 1).

De todos modos, es indudable que estas respuestas, aunque de corte opuesto, ponen de manifiesto un arredramiento del ámbito institucional. De hecho, tal y como afirma Villacañas retomando el discurso de Laclau (2005), el populismo se afirma cuando las instituciones ya no se hacen cargo de la demanda social. Cabe destacar –aunque rápidamente– que, frente al clima de desconfianza y pobreza inducido por el globalismo, denunciado por algunos sectores de la derecha y de la izquierda, se hacen interacturar –con modos e intenciones diferentes– los temas de la soberanía, de la patria, de los derechos, de la democracia, de la constitución y de la seguridad haciendo alternativamente hincapié en algunos en lugar de otros términos del debate (Mouffe, 2018).

Así las cosas, el tema de la institución –que de alguna manera el populismo menosprecia– se convierte en central: muchos líderes populistas, una vez en el poder, continúan comportándose como si todavía estuvieran en oposición. Como dijo una vez Jacques Rancière, la gente siempre está del lado del reclamo, de la disputa (Villacañas, 2015). Esta relación por cierto contradictoria, pero también ambivalente, que el populismo mantiene con la institución parece un rasgo muy evidente en la actual realidad política italiana.

Si analizamos brevemente los sucesos políticos del último año, podemos notar que Di Maio y Salvini han estructurado su *revolución* con el simple hecho de encabezarla, sin haber desestructurado, así sea mínimamente, las modalidades del poder al cual ellos mismos se habían opuesto: si, los populismos históricos –como afirma Villacañas– partieron del estado y no se habrían formado sin una armonía bien construida entre la acción de los gabinetes ministeriales y la plaza, los populismos contemporáneos parten de la contraposición al Estado –nacieron antiinstitucionalistas– para luego regresar al Estado con un golpe de mano. En otras palabras, podría decirse que, con todas las matices posibles, tras destacar el *impeachment* del Presidente de la República, tras culpar a la casta y tras revelar todos los males de la democracia representativa asistimos a la incorporación y a la reabsorción de los dos partidos (término que por cierto rechazan) de gobierno dentro de las instituciones, mientras aquellas mismas instituciones son cada vez criticadas, como si estuvieran cercadas: la revolución –sobre todo aquella de Di Maio– se ha reducido a la ocupación del edificio, en lugar de la toma del poder. Villacañas recuerda

a Laclau, quien sostiene que el fin de Berlusconi está marcado por su normalización, por la reducción de su política a la institución. Este aspecto fue destacado en un importante libro de hace unos años sobre el origen del populismo: según los autores, los partidos populistas alcanzan difícilmente la fase de la estabilización institucional, los efectos positivos del liderazgo carismático sobre la adhesión y la agregación van disolviéndose a medida que el partido se estructura y establece en el sistema político, solo sobreviven a precio de cambios más o menos profundos de la organización, del programa y de la ideología (Mény-Surel, 2000).

Por esto la tarea del populismo es la de mantener las condiciones de posibilidad de que lo han generado. Esto significa que no puede especializarse en responder preguntas con instituciones específicas (Villacañas, 2015), porque esto procuraría la fragmentación del pueblo, de un pueblo que los populistas buscan y, de alguna manera, intentan definir y estabilizar pero –tal y como subraya muy lúcidamente Marco Revelli (2018)– no se trata del cuerpo sólido colocado en la sociedad líquida, sino que es a su vez líquido y volátil. En otras palabras, el populismo sabe perfectamente que sin el pueblo corre el riesgo de fracasar, pero ¿a qué tipo de pueblo vincula sus luchas y reivindicaciones? Está claro que no es el pueblo que, en la cultura *noble* del Estado, era premisa y condición del orden, donde la pluralidad y la diferenciación social remitían al *orden* y a la *unidad*, a la *síntesis*, aunque aquella misma diferenciación y pluralidad de alguna manera quedaba apoyada y *protegida* desde el punto de vista de las instituciones y del gobierno en nombre de los derechos, sobre todo aquellos sociales. En cambio, al contemplar de alguna manera las diferencias, las preguntas desacordes y plurales, pero sin ofrecerles una pregunta, el populismo las junta en un antagonismo indistinto, poniendo en marcha –tal y como nos enseñan las palabras de Rancière antes recordadas– instintos y emociones. Así las cosas, el populismo cruza y debilita toda línea de confín entre el lenguaje de la derecha y de la izquierda, intercepta el *malestar* y lo encauza –manteniendo funcionalmente la percepción del desorden– hacia una aproximada recomposición homogénea (el pueblo), precaria y reconsiderable, adecuada al objetivo.

En el panorama actual, esa referencia al pueblo muestra aún más su naturaleza de *artificio*, también mal pensado y a menudo grosero, pero de todos modos estratégico, si se piensa en que Foucault, ya en los años setenta, nos había avisado acerca de la impracticabilidad de la idea de pueblo, a favor de la categoría de *población*, alejada de toda referencia identitaria –Estado, nación, confines– y vinculada a la reducción de los individuos y de su *ser manipulables* en términos estadísticos y de utilidad a la lógica gubernamental.

De ahí que sea patente la gran *mentira* del populismo, en la que se mezclan la manifestación paroxística del aturdimiento político contemporáneo y la expresión trágica de la incapacidad de superarlo (cfr. Rosanvallon, 2006). El filósofo francés lo define forma extrema de la antipolítica. En lugar de confrontarse con el poder, lo criminaliza y ridiculiza por su misma naturaleza, no solo cuando se le opone, sino también cuando “por fin” lo ocupa.

Contra los límites de ejemplificación –nosotros diríamos contra los riesgos y los peligros– del populismo, Villacañas propone reevaluar el republicanismo civil como alternativa posible al populismo ya que no existe una esencia antigua que facilite el populismo, pero lo que lo facilita es una realidad social actual cada vez más desintegrada y desarmada a nivel mundial, promovida por la agenda neoliberal.

De ahí que el carácter *flexible* y *abierto* de la institución republicana impida el riesgo de una homologación forzosa, y al mismo tiempo encuentre su *síntesis* en una base comunitaria articulada, donde la demanda social es plural e irreducible a la pura y simple dimensión valorial y afectiva de la comunidad.

Por esto la ciudad representaría el *lugar* por excelencia de una política republicana.

Opinamos que esto necesita de una reflexión sobre la subjetivación política.

El republicanismo, también en sus formas más flexibles, de alguna manera exige referirse a un sujeto pleno, titular de derechos y sobre todo consciente *a priori* de estos derechos y de los ámbitos de su goce.

Es verdad que el tema de la esfera pública es antes que todo la cuestión de la afirmación de singularidades diferentes, que el populismo no puede practicar y, al mismo tiempo, no puede sino imaginar un sujeto de diferenciación mínima. Sin embargo, en la globalidad de la sociedad contemporánea –que precisamente en la ciudad encuentra el lugar de su expresión máxima– podría pensarse en formas de subjetivación política que se definen como el producto de las mismas prácticas políticas y sociales. Es la antítesis de lo que Lefort (1986) llama la “ficción del sujeto”, una ficción que entrega el Sujeto a la neutralidad, a la abstracción de las categorías jurídico-políticas y le impide pensar en una experiencia que se genera en la concreción de las relaciones, en los enlaces de los hombres con el mundo. Es un sujeto que no se define antes, no *dado* antes por la política, sino que se constituye en el momento mismo en que las diferentes singularidades se presentan en la escena pública (cfr. Arendt, 1993) y que, por esto mismo, cada vez insertan algo novedoso e imprevisible en el juego político. Una visión similar sería capaz de recobrar una representación de la ciudad como el lugar de la diferencia irreducible a la norma y a toda otra instancia identitaria de la política (cfr. Young, 1990).

Creemos que precisamente la constitución no esencialista, no sustantiva del sujeto político y de la identidad política puede representar una gran disuasión para el populismo. El fracaso del plan de inclusividad –remitido a la nación– se vuelve a componer de manera no esencialista en las formas de la democracia, que guardan el momento de la pluralidad, del conflicto o del desacuerdo: en la terminología de Rancière es la diferencia entre *police* y *politique* (Cfr. Rancière). Esto es, entre la política ordenada desde arriba, heterónoma y objetivante de las singularidades y la política que se interesa por formas más difundidas y participativas de sujetos y grupos sociales que, de diferentes maneras y modalidades, cruzan el espacio social.

Es un modo de hacer política sin duda practicable, que evita y exorciza toda recomposición y homologación populista.

Traducción del italiano de M. Colucciello

## Referencias

- Arendt H. (1993). *Was ist Politik? Fragmente aus dem Nachlass*. München: R. Piper GmbH.
- Laclau E. (2005). *On Populist Reason*. London: Verso.
- Lefort, C. (1986). *Essais sur le politique. XIXe-XXe siècles*. Paris: Éditions du Seuil.
- Mény Y. & Surel Y. (2000). *Par le peuple, pour le peuple*. Paris: Libraire Arthème Fayard.
- Mouffe C. (2018). *For a Left Populism*. London-New York: Verso.
- Portinaro, P.P. (2013). “Ethnos” e “Demos”. Per una genealogia del populismo. *Meridiana*, (77), 47-75.
- Rancière, J. (1995). *La méésentente: Politique et philosophie*. Paris: Éditions Galilée.
- Rancière, J. (3 de enero de 2011). Non, le peuple n'est pas une masse brutale et ignorante. *Libération*. Recuperado de: [https://www.liberation.fr/france/2011/01/03/non-le-peuple-n-est-pas-une-masse-brutale-et-ignorante\\_704326](https://www.liberation.fr/france/2011/01/03/non-le-peuple-n-est-pas-une-masse-brutale-et-ignorante_704326)
- Revelli, M. (2 de mayo de 2018). Il populismo senza popolo al potere. *Il Manifesto*. Recuperado de: <https://ilmanifesto.it/il-populismo-senza-popolo-al-potere/>
- Rosanvallon, P. (2006). *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*. Paris: Éditions du Seuil.
- Villacañas, J. L. (2015). *Populismo*. Madrid: La Huerta Grande.
- Young, I.M (1990). *Justice and the Politics of Difference*. Princeton: Princeton University Press.